

Francisco Navarro Ibáñez
Av./ Juan Fernández, 31, 8º, 1
41013 Sevilla

Don Alfredo Sánchez Monteseirín
Alcalde de Sevilla
Ayuntamiento de Sevilla
Plaza Nueva, S/n
41001 Sevilla

alcaldesevilla@sevilla.org

Sevilla 19 de octubre de 2005

Excmo. Señor Alcalde,

Le envío esta carta para comunicarle mi disconformidad con la supresión del tradicional MERCADILLO DE ANIMALES DE LA ALFALFA, aprovechando para ello como excusa el riesgo de la gripe aviar. Creo que un mercadillo con tantos años de historia merece una regulación y un control municipal para que la compra y venta de animales se desarrolle con todas las garantías de salubridad e higiene. De la misma forma, el ayuntamiento debe poner los medios policiales para evitar que se produzca el hacinamiento de los animales, la compra-venta de especies protegidas, exóticas o en peligro de extinción, así como la venta de artes prohibidas para la caza o la pesca.

Me considero una persona defensora del Medio Ambiente y contraria a la crueldad con los animales. Sin embargo, en ningún caso las imperfecciones que se dan en este mercado pueden constituir un pretexto para la supresión de este importante PATRIMONIO ETNOLÓGICO INMATERIAL de la ciudad de todos los sevillanos (y no solo de algunos vecinos del entorno) y por extensión, de todos los andaluces.

No quiero dejar de aprovechar la ocasión para denunciar las recientes declaraciones del cardenal arzobispo de Sevilla en las que aboga por el mantenimiento de la estructura provisional que está instalada en el antiguo patio de abluciones de la que fuera la primera mezquita aljama de Sevilla (PATIO DE LOS NARANJOS DE LA IGLESIA DEL SALVADOR). A mi entender, a parte de constituir un intolerable atentado contra el Patrimonio Histórico, dilatando “sine die” la contaminación visual de un espacio de gran belleza, supondría un lamentable paso más hacia la privatización de un patrimonio que ha sido de acceso libre por ciudadanos durante más de nueve siglos de historia. En este sentido le pido que el gobierno municipal muestre su disconformidad y haga lo que esté en su mano para que esta nueva “privatización” de un espacio público no se llegue a producir.

Atentamente y esperando conocer que medidas piensa tomar o no tomar al respecto, en el plazo legal de tres meses, para no verme obligado a remitir la oportuna queja al Señor Defensor del Pueblo Andaluz, se despide,

Francisco Navarro Ibáñez
BAETICA NOSTRA – SEVILLA

Matar la ciudad

Javier Escalera
Antropólogo

A estas alturas debería parecer hasta cansino repetir que una ciudad, la ciudad, no es sólo ni fundamentalmente una concentración de construcciones que da cobijo a un agregado de individuos. Una ciudad, o al menos la ciudad que tiene sus raíces en la *civitas* latina y en la *polis* griega, es un conjunto de personas que conviven en un espacio construido y organizado para vivir en *comunidad*. Lugar de encuentros, referencia simbólica, centro de poder,... entre otras muchas cosas también mercado. De hecho, por lo que sabemos de nuestra civilización mediterránea y de otras civilizaciones asiáticas y amerindias, el mercado está en el propio origen y ha sido el corazón de nuestras ciudades.

Mercado significa no sólo comercio, sino sociabilidad, comunicación, vida. Y todo lo vivo, todo lo humano, genera residuos, suciedad. Hasta la más estilizada *top model*, la más excelsa diva operística, el más genial de los poetas deben de acudir al retrete y si no tienen un poco de cuidado pueden agredir la pituitaria del prójimo.

Con la sociedad burguesa surge y se desarrolla el higienismo que, como todo ismo, aun partiendo de un objetivo loable y razonable, puede fácilmente convertirse en fundamentalismo. En los tiempos actuales asistimos a diversas manifestaciones de este fundamentalismo que, al ser asumido por el propio estado como argumento legitimador de su dominación, amenaza con esterilizar la vida humana, y de manera particular con matar a la ciudad en la que, por causa de la concentración de individuos y actividades, más se percibe la polución.

Todo esto viene a cuento ante el atentado que se acomete estos días contra uno de los bienes patrimoniales más valiosos que tiene Sevilla. No se trata de ninguno de los numerosos templos ni de los todavía abundantes, pese a la barbarie modernizadora, edificios civiles. Se trata de un mercado, de uno de los pocos mercados que dan vida, los domingos por la mañana, al mortecino casco antiguo de la ciudad. El mercadillo de pájaros y animales de compañía de la Alfalfa. Una manifestación que, mucho más allá de su faceta comercial, constituye un fenómeno riquísimo de vida urbana en el más profundo y auténtico sentido de la palabra. Un lugar y unos momentos que están en la memoria de muchos sevillanos, formando parte de nuestro patrimonio común.

Desde siglos, algunos hablan incluso de más de un milenio, este lugar ha sido y, casi sorprendentemente, sigue siendo, un lugar de encuentro para muchas personas, de toda edad y condición, vecinos de Sevilla y de las poblaciones del entorno, que, aprovechando el pretexto del mercado, conviven compartiendo su afición por los canarios, jilgueros, verderones, palomos,... Claro que hay algunos que aprovechan el río aparentemente revuelto para traficar con especies protegidas, o con animales sin control sanitario, con lo que ello supone de riesgo. Pero estos no justifican en absoluto la eliminación radical del mercado. Contrólense a los infractores, conciértense con los participantes mecanismos de autocontrol, establézcanse normas claras y cúmplanse las

mismas. Pero no le corten la cabeza a alguien que tiene una infección en la uña del pulgar.

Este episodio es uno más de los que desde hace un tiempo vienen produciéndose, en esta nueva época de destrucción “amable” de la ciudad, que amenaza con acabar con lo poco que queda de ella tras la otra gran destrucción de los sesenta y setenta. Lo sucedido con el mercadillo de la Alameda, con el del Jueves, cada vez más mortecino, al igual que la mayor parte de las plazas de abasto, son testimonios sangrantes de esta operación de “limpieza” de la ciudad para adecuarla a los deseos e intereses de los que sólo miran a la ciudad para su propio beneficio o bienestar (?) egoísta. Una ciudad sin ciudadanos, sino clientes, usuarios y propietarios. Una anti-ciudad, hueca y sin vida.

Aprovechando el que el Pisuerga de la *gripe aviaria*, plegándose a la lógica y a los intereses de los que sólo ven a la ciudad desde el punto de vista del beneficio, ya sea económico, ya personal, se comete un tremendo atentado patrimonial, adelantado en el tiempo a la operación que bajo el muy poco adecuado nombre de “piel sensible” y so pretexto de mejorar un espacio urbano tan machacado, no precisamente por el mercado, como la Alfalfa y su entorno, claramente tiene como objetivo extirpar un fenómeno que no encaja con la *segunda modernización* que dicen que están haciendo. Como ya sucediera con el impacto de las obras de la calle Feria y la Alameda de efectos demoledores sobre el Jueves y el mercadillo, o lo que está sucediendo en la cercana plaza del Salvador, una obra no sólo sirve para cambiar elementos físicos de los espacios públicos, sino, sobre todo, para cambiar sus usos sociales.

Hoy no existe mercadillo en la Alameda, pero por contra cada vez el antiguo paseo se parece más a un cagadero de perros de hedor nauseabundo. Los carteristas del Jueves ya son historia, pero por el contrario los comercios de Feria, tanto que protestaban algunos por lo que les hacía perder el mercado, languidecen sin remedio.

A todo esto, nadie parece molesto porque lo que hasta no hace mucho fuera el auténtico corazón de la ciudad, la plaza de La Campana, se haya convertido en un *mall* de establecimientos de comida basura y marcas globalizadas que agraden con sus rótulos chillones, empobreciendo la riqueza y diversidad de su vida ciudadana hasta extremos escandalosos. A ninguno, tampoco a los que protestan de la suciedad del mercado de la Alfalfa, parece ofenderles el hedor a grasa rancia y a fritanga que, a parte de contribuir a la creciente obesidad infantil, inunda a todas horas uno de los lugares en los que se resume, más bien se resumía, la ciudad.

Ánimo señores modernizadores, ánimo *vecinos universalistas*, ya les queda menos para conseguir que esta ciudad deje de ser ciudad y llegue a ser esa *urbe gloal* que parece gustarles tanto.